

## El yo y sus mascarillas

Jorge Úbeda  
jorge@transfilosofia.com

Así como una vida social sin máscaras que oculten parte de lo que somos sería insoportable, nuestra libertad no florecería si no pudiéramos quitarnos de tanto en tanto algunas de ellas, bien sea para dejarlas atrás, bien para cambiarlas por otras. Ahora, como si de un palimpsesto se tratara, nuestro rostro ya enmascarado se cubre con mascarillas sugiriendo desplazamientos semánticos y prácticas sociales nuevas a las que seguiremos la pista en las líneas que siguen.

El uso de máscaras asociado a ritos y fiestas atraviesa todas las culturas humanas y en cada una de ellas adquiere significados diversos, aunque entre todas ellas se produce un cierto aire de familia: gracias a las máscaras se reconoce que en la vida social rigen prácticas, usos y normas que nos ocultan y muestran al mismo tiempo, exigiendo que miremos las sociedades con la precaución del que sabe que se enfrenta al juego de espejos de las apariencias. Que la máscara usada en el teatro clásico griego haya adquirido una relevancia singular en la comprensión de nuestro mundo presente, gracias a Nietzsche y a tantos otros, revela que las analogías entre épocas tan dispares siguen siendo productivas.

Máscara -*prósopon* en griego- y persona -en latín- guardan un vínculo estrecho nacido en el teatro griego, trágico y cómico, en el que se consolidaron las procesiones y coros ditirámicos en honor de Dionisos en forma de personajes, coros y público de las tragedias que florecieron en el período democrático ateniense. El teatro fue el género literario de la democracia frente a la lírica, que hacía las delicias de los regímenes aristocráticos anteriores, pues sugirió cómo debía disponerse la voz y el cuerpo de los ciudadanos en el espacio para que compareciera la palabra en la asamblea democrática. La máscara es lo primero que vemos del otro, su rostro, pero el teatro nos recuerda que la cara no siempre es el espejo del alma, sino que también oculta, como las máscaras, para que se pueda representar el personaje trágico que pronto dará alcance a su destino.

Gracias al teatro, que estaba subvencionado por el estado, los atenienses interiorizaron las prácticas democráticas básicas y, también, sus posibles degeneraciones. Aprendieron a reconocer la importancia de la retórica en la deliberación pública sometida tanto a la persuasión de la verdad como al movimiento de las emociones. Reconocieron, en la diversidad de personajes y funciones que se despliegan en el teatro, que el espacio público se configura como un ámbito plural de visiones en disputa que han de resolverse por medio

de la palabra y en el tiempo limitado que dura la asamblea. Además, pudieron asomarse a la presencia de todos aquellos que no formaban parte de la ciudadanía, como mujeres, niños, enfermos mentales, discapacitados y extranjeros que poblaron las tragedias y comedias abriendo críticas decisivas en el propio régimen democrático. En definitiva, aquel teatro de máscaras -o personas- reveló, de alguna manera, que cada ciudadano portaba un rostro con el que comparecía en la escena pública y que de tal rostro podía brotar la palabra libre e igual en la asamblea. Bien es verdad que también señaló el juego de máscaras en que se puede convertir la vida democrática y los riesgos que tal situación puede provocar para la buena salud de la cosa pública.

La mascarilla sanitaria, a pesar de su apariencia meramente utilitaria y desvinculada de lo estético, también puede tener un cierto poder evocador análogo al de la antigua máscara del teatro griego, pues más allá de lo que significa -una protección sanitaria- puede transformarse en el símbolo de una cierta renovación de nuestro rostro en la vida social. Las mascarillas son molestas, dificultan la respiración normal, provocan picores en la zona nasal, nos tapan la boca y son fáciles de olvidar en el rito habitual de salir de casa - ¿llevo las llaves, la cartera, el móvil,...y ahora la mascarilla?-. Veamos si tal molestia enmascarillada nos da para algo más que para quejarnos.

Hay en el acto de ponerse la mascarilla un cierto reconocimiento de que la libertad individual, un mito originario, indemostrable pero muy productivo de las democracias modernas, está irremediamente vinculada a la libertad de los demás porque no hay libertad individual sin el cuidado de bienes indispensables para la vida como es la salud. La defensa de la autonomía individual sigue siendo, ahora y siempre, una necesidad en cualquier sociedad que aprecie la buena vida, pero la mascarilla que nos ponemos como un nuevo rostro que estamos descubriendo señala, como no lo hace ningún argumento filosófico, que la autonomía individual y la interdependencia no son ni contrarios ni contradictorios, sino dos dimensiones de la vida que se necesitan mutuamente para que la vida crezca, aumente y sea más alegre y para que cuando eso no ocurra, por un azar ciego como un virus, la vida pueda cuidarse ya sea para su recuperación o para su buena muerte.

Como tantas otras cosas, la mascarilla nos iguala al mostrarnos a cada uno en nuestra común vulnerabilidad. Tal vulnerabilidad mueve en nosotros difusos sentimientos de bonhomía con el resto de los seres humanos que nos aproximan mutuamente, pero, sobre todo, delimita un espacio de claridad acerca de nuestra posición desigual en la realidad y lo justo o injusto de tal situación. ¡Qué rápido ha corrido el mercado para convertir la mascarilla en un fetiche que nos adorne y nos diferencie del resto de nuestros congéneres! Pero aun cuando nuestras mascarillas lleven banderas, héroes infantiles o cuadros de Van Gogh mantienen intacto el significado directo del objeto: todos necesitamos protección, aunque no todos del mismo modo ni con la misma intensidad. Quizá podamos vislumbrar en el tiempo que duren las molestas

mascarillas, lo necesaria, aunque compleja, arriesgada y furtiva, que es la igualdad en nuestra sociedad.

Recuerdo que hace unos años miraba con sorna a algunos turistas japoneses que se movían por Madrid con la mascarilla puesta. La displicencia me duró el tiempo que tardé en enterarme de que lo hacían como forma de proteger a los demás del resfriado con el que habían viajado al país que los acogía. Me parecía que había una fraternidad sencilla y serena en aquel simple gesto, por más que lo hubiera interpretado como una práctica hipocondríaca. A pesar de que la mascarilla nos tapa parte del rostro y que su uso nos recuerda que todavía no podemos estar del todo tranquilos, ponérsela y aguantar un rato con ella, en especial en aquellos lugares donde todavía existe riesgo de contagio, es un discreto y silencioso elogio individual a la igual dignidad de todas las personas, incluso de aquellas que consideran que tal hábito es someterse al dictado del rebaño. La fraternidad ha sido la gran olvidada en más de doscientos años de ilustración: ¿podrán las mascarillas enseñarnos algo sobre ella como las máscaras del teatro griego lo hicieron con la democracia?

¿Quién sabe? Mientras esperamos la respuesta no dejemos de considerar que la mascarilla, como la máscara, no resuelve, sin embargo, el misterio del yo, variable singular que ningún algoritmo será capaz de reducir a una fórmula.